

# **CUENTOS SOLIDARIOS**

**CUENTISTAS SIN FRONTERAS**

**2020**



---

## Cuentos solidarios

---

Gracias, muchas gracias, a todas las personas que, como vosotros, estáis luchando día a día, hora a hora, minuto a minuto, para que la vida continúe lo mejor posible, para que sean mínimas las víctimas, para que podamos seguir cubriendo nuestras necesidades más urgentes, y para que cuando esto acabe, que acabará gracias a vosotros, podamos hacer que el futuro sea mejor, mucho mejor, que el pasado y que el presente.

Nosotros los que no podemos, los que no debemos salir, y así contribuir a que vosotros podáis seguir esa lucha, hemos querido ofrecer lo que, aunque sea como aficionados, nos gusta hacer. Escribir.

Escritoras y escritores que, con este oficio que estamos iniciando, queremos aportar unos minutos de distracción, ojala unas sonrisas, que puedan hacer más llevaderos vuestros esfuerzos y dedicación, y hacerlo de forma desinteresada, como vosotros.

También queremos ofrecer estos cuentos a las personas que estáis sufriendo los efectos de la pandemia y que tengáis las ganas y la oportunidad de leer los textos que hemos recogido en este libro.

A todos vosotros, que estáis creando una cadena de protección, de solidaridad, de unión ante el desastre común, queremos enviaros nuestros mejores deseos para superar este presente y contribuir para lograr ese futuro que deseamos.

---

## UNA HISTORIA FELIZ

Voy a contarles una historia feliz, en la que no hay lágrimas ni tristeza, ni pasiones de esas que arrebolan las mejillas y ponen los pelos de punta. ¿Y qué interés tiene? Dirán ustedes. Quizá ninguno, pero por favor reflexionen un poco. De sobra sé que el conflicto, el incesto, la lucha del hombre contra sí mismo puede generar cambios sorprendentes, obras de arte sublimes, música maravillosa. Pero la mayor parte de nosotros construimos una vida plagada de recuerdos sencillos, y ante la adversidad no pensamos en la lucha de Miguel Ángel contra la incompreensión, ni en la intriga de los Borgia, ni en la sordera de Beethoven. No, nosotros rememoramos la sensación de tener a un bebé, dormido por fin sobre el pecho, el olor de la leña quemada en el pueblo de la infancia o, incluso, aunque me tachen de utilizar un lugar común, de la visión de una puesta de sol en algún lugar memorable.

Por ese motivo les quiero contar esta historia, simple y sencilla, quiero narrar como Marta eligió entre dos hombres que la amaban, y acertó.

Por ponerles en situación les diré que Marta es una joven del siglo XXI en un país avanzado. Como todas ellas tiene una piel perfecta, sin señal alguna de acné, ya se encargaron sus padres de llevarla al dermatólogo, de comprar las toallitas antibióticas, las cremas de farmacia, y por eso ahora luce así, perfecta y sin mácula. Posee también unos hermosos dientes blancos, alienados correctamente, tres mil quinientos euros de *brackets*, limpiezas, endodoncias e incluso un implante, si a eso le añadimos una larga melena, unos ojos enormes y un solo hoyuelo en la mejilla podemos afirmar que Marta como poco es una chica bonita, muy bonita incluso.

Marta además es Graduada en Historia del Arte, aunque su verdadera pasión es la restauración, por eso está haciendo un máster que le permita conseguir su sueño, trabajar en un museo. Allí entre obras de arte, trementina, y pinceles sabe que será feliz, es paciente y minuciosa, adora el silencio y posee una gran capacidad de concentración. Pero no se engañen, no es un bicho raro, sale de fiesta con sus amigos hasta la madrugada, bebe alcohol y hasta ha probado lo que se da en llamar “sustancias ilegales”, y por supuesto tiene novio, seamos claros, una chica como ella siempre tiene novio.

Su chico se llama Rufino, lo sé, ¡qué nombre por Dios! pero algo feo debía tener, porque es guapo hasta decir basta, guapo a rabiarse, guapo, guapo, guapo.

Posee la belleza de los huesos, que perdura e incluso se incrementa con los años, pómulos perfectos, nariz con la rectitud precisa, cuerpo armonioso, no de los machacados en gimnasios, si no armoniosos porque sí, porque la combinación genética así lo quiso.

Además de su belleza, Rufino es simpático, un poco inmaduro tal vez y ¿listo? Me dirán. No lo sé. No es un tonto vanidoso si se refieren a eso, pero es un hombre extraño. Un hombre autodidacta, creativo, y obsesionado con los fractales.

Para los que no sepan, les contaré que los fractales son elementos semi geométricos, cuya estructura se repite de forma infinita. Si no lo han entendido, piensen en un helecho, visualicen la forma de sus hojas, o de un copo de nieve, o los rayos en la oscuridad de la tormenta. Su forma reiterada una y otra vez, puede fascinar una mente creativa. Marta comparte la pasión de su novio por las formas matemáticas, a fin de cuentas ella ama el color, las estructuras. Serían la pareja perfecta, sin grandes complicaciones, viviendo el presente, compañía aceptable, buen sexo, intereses comunes, y a espera lo que depare la vida. ¿Es Marta feliz? Se preguntarán ustedes, y si no, hagan el favor de preguntárselo, de lo contrario no podré explicarles que ella no se plantea la felicidad, vive el día a día y “parece feliz”, lo que no tengo muy claro es que se “sienta feliz”, pero ese es un concepto profundo que les contaré otro día.

Lo que sí sé es que Marta, en algunas ocasiones se harta de la compañía de los demás, que el paso del silencio del museo al bullicio de la vida cotidiana le supone una amenaza, por eso, en ocasiones sin consultar, se va al Museo de El Prado, a alguna exposición, y al cine, no a ver los últimos estrenos de películas de acción que tanto gustan a Rufino, si no a ver cine de verdad, disfruta con el glamur de Gloria Swanson con el erotismo ingenuo de Mae West, y con la interpretación de Judith Anderson merendándose a Joan Fontaine en una inolvidable “Rebeca”.

Y fue en una de esas sesiones, a hurtadillas, solo para ella, cuando se encontró con Rodrigo.

Aquí debo hacer un alto. Es cierto, los dos hombres que van a formar parte de esta historia, tienen nombres que empiezan con la letra R, no es culpa mía, como me dijo una vez un psiquiatra al que pedí un diagnóstico preciso, “simplemente a veces pasan estas cosas”.

En fin volviendo a Rodrigo, conoce a Marta desde siempre, sus padres son amigos y tienen un pasado con muchos momentos compartidos, pero hace tiempo que no se ven.

---

Él hace poco que ha vuelto de un año de Beca Erasmus, no hagan el chistecito por favor, no diré yo que no se aprovechara de las fiestas y juergas sin fin que debe deparar esa experiencia memorable, pero aprendió, sobre todo porque es un hombre inteligente, que aprendería en cualquier sitio. ¿Es Rodrigo guapo? ¡Ay ay, que ya sé por dónde van!, siempre frivolisando. No, no lo es. Pero como tengo cierta debilidad por este personaje les contaré que posee la belleza de los gestos, que también perdura a través de los años.

La forma encantadora en que utiliza el dedo índice para subirse las gafas, como gesticula cuando algo le apasiona, eso unido a una voz profunda, grave, que utiliza palabras precisas hacen que se le pueda considerar un feo atractivo.

Y les recuerdo, Marta adora el arte, los pequeños detalles. Lo siento por Rufino, pero le ha salido un buen rival a batir.

Aunque al principio, por supuesto, no hay rivalidad. Hay solo encuentros casuales, por lo menos casuales para ella, porque Rodrigo no será muy guapo, pero si es muy inteligente, y le gusta Marta, le gusta mucho, por eso mira los programas cinematográficos con intensidad, adecuando las horas para coincidir con ella. No siempre lo consigue pero eso añade más verosimilitud a su estrategia.

Hay amores que se fraguan en el trabajo, en el gimnasio, en los cursos de inglés, en las páginas online ahora tan de moda. Hay otros que se inician de esta manera, poco a poco, entre las risas que produce James Cagney en “1, 2,3”, uno al lado del otro, sin tocarse, pero conscientes de su presencia, de su respiración acompasada, mirándose cómplices cuando se toman una cerveza mientras comentan la película. Todo muy superficial, todo muy profundo.

Rufino percibe el cambio pero no sabe en qué, si hubiera pensado un poco le pondría nombre a esa sensación. Qué digo nombre, nombres, “ausente, distante, fría”, pero carece del lenguaje de lo concreto, por eso nunca le preguntará a Marta, no sabe hacerlo, se esconderá en el mundo de las matemáticas, tan seguro, tan predecible para él.

¿Y cómo acaba esta historia?

¿Cómo va a acabar? Una noche con la excusa de una apuesta sobre si había ganado o no el Oscar “Centaurus del desierto”, que Rodrigo hábilmente perdió, se fueron a cenar. Y una cosa llevó a la otra y Marta no tuvo que decidir porque estaba todo decidido.

---

Y no puedo contarles mucho más solo añadir que Rufino acusó el golpe, pero se repuso, sobre todo cuando al poco tiempo le contrataron para un proyecto sobre fractales y música. Una de esas cosas que solo entienden cuatro personas en el mundo más o menos. En cuanto a Marta la ha olvidado, o eso cree él, porque desde entonces todas las mujeres que han pasado por su vida, y les aseguro que no son pocas, tienen el pelo largo, los ojos grandes y un nombre que empieza por M. Ya saben, formas repetidas una y otra vez. Hay hombres que no cambian.

En cuanto a Marta y Rodrigo lo siento, no tengo idea de si fueron felices para siempre, si su amor sobrevivió a los avatares del destino, pero si puedo asegurarles que Marta cuando se encuentre en una situación adversa, cuando tenga miedo, cuando se sienta triste, cerrará los ojos y recordará aquella primera noche, cuando sintió por fin los brazos, los labios, el cuerpo de Rodrigo apoderándose de ella y supo.

Estaba en casa.

Fin

---

## EL DIARIO ESTACIONAL

21 de marzo

Es primavera. No sólo lo dice el Corte Inglés, lo dicen las acacias, los rosales, las azaleas y los prunos que veo en el parque frente a mi casa, y que se muestran cuajados de yemas y capullos orondos, tersos y brillantes

Es primavera. Lo dicen los medios, que previenen contra las gramíneas, la astenia, los resfriados por cambios de temperatura, las picaduras de insectos.

Es primavera. No sólo lo dice el calendario, me lo dice mi cuerpo, lo dicen mis cambios de humor, mi falta de apetito, mis ganas de comer, mis risas y mi melancolía, mis revoluciones y mi somnolencia.

30 de marzo

He pillado algo, una alergia, seguro. Las acacias sacuden un polvillo amarillo que el aire arrastra por todas partes y se mete en las casas en cuanto abres la ventana. Me pica todo el cuerpo, especialmente las orejas, no hago más que rascarme, están terriblemente enrojecidas. He ido a la farmacia a enseñar mis orejas, me han dicho que es normal, que son partes del cuerpo muy sensibles. Las pastillas y ungüentos que he comprado no me alivian.

7 de abril

He pedido hora para el dermatólogo. Me han dado cita ¡para dentro de cuatro semanas! Estamos colapsados con el tema de las alergias, me han dicho, y ya sabe usted, con los recortes..., he insistido, pero la mujer no ha levantado los ojos del ordenador, me ha parecido arrogante y desdeñosa y no le he querido enseñar las orejas. ¿Estará tomando algún antiestamínico, no?, me ha soltado. Santa paciencia es lo que me estoy tomando.

20 de abril

Mis orejas tienen un aspecto espantoso, unos pequeños bultitos han aparecido bordeando el contorno, como tres o cuatro en cada oreja y me siguen picando. Tengo mucho cuidado de llevarlas tapadas con el pelo. La familia me dice que es normal que me hayan salido granitos si tengo una alergia, pero yo sé que “eso” no son granitos.

Me dicen que soy una quejica y que no dé tanto la lata, que espere a ver al médico. Y que me tome las pastillas de la farmacia.

4 de mayo

En casa ya no digo nada, me he vuelto muy reservada. Creen que es por las molestias de “la alergia”, pero la verdad es que ya no me pica ni me duele nada. Los bultitos de las orejas han adquirido una forma extraña, una forma de mini orejitas, como esas florecillas que les salen a los cactus. El caso es que mi sentido del oído es exageradamente sensible. Oigo las conversaciones de toda mi familia, aunque estén en la otra punta de la casa y he empezado a oír las de los vecinos, por eso ya casi no hablo, mi cabeza está llena de las conversaciones de los demás.

9 de mayo

Vengo del dermatólogo. Me ha examinado con indiferencia, con ese aire de “qué me vas a decir tú a mí que yo no haya visto”. No me ha hecho preguntas y yo no le he hablado de la sensibilidad de mis orejitas que es cada vez más extraordinaria. Ya no oigo conversaciones lejanas, ahora oigo los pensamientos y sé lo que pensaba el médico, “¿qué demonios es esto? En todos mis años de profesión nunca había visto nada parecido”. El muy hipócrita ha dictaminado que eran verrugas y que eso me lo quitaba rápidamente con nitrógeno líquido. Se te caerán dentro de unas horas. O mañana.

Le he dicho que mejor otro día, que lo tenía que consultar en casa, que es lo que siempre digo para escaquearme.

1 de junio

Oír los pensamientos de los demás es menos molesto que oír conversaciones ya que sólo oigo los de las personas con quienes converso. En realidad tiene más ventajas que desventajas, pues veo que la gente aprecia mucho mi intuición, me intereso por sus preocupaciones y me adelanto a preguntar por sus cosas. Si estoy con amigos y escucho que lo que yo digo no cae bien, pues cambio de argumentación, digo otra frase y quedo estupendamente, lo pasamos mejor sin roces ni malos rollos. En casa es distinto, no me ha sentado muy bien oír el pensamiento de Jaime cuando hemos hablado de las vacaciones de verano en la playa. No sabía que esperaba con tanta impaciencia esa semanita en la que me adelanto con los niños y mi madre para preparar el apartamento. Siempre me dice que me echa de menos...

---



A los niños les oigo decir que soy muy pesada aunque suele ser a la hora de la ducha y de irse a la cama. Y es como normal. El pelo ya me ha crecido bastante y me lo pongo por encima de las orejas sujeto con una gomita. En casa siguen creyendo que son verrugas. 4 de mayo

20 de junio

Hoy, gracias a mis orejitas, he ayudado a resolver un asuntillo en el trabajo. Había desaparecido una colección de libros que una editorial había traído como muestra y que, si no nos interesaba, teníamos que devolver. Imposible saber quién los había robado... excepto para mí. Eduardo, el tontaina del Edu, es que no lo soporto, pensaba en el estupendo sitio en el que los había escondido. Oído el pensamiento del culpable, he sacado los libros y los he repuesto en su sitio. No he dicho nada, no tenía pruebas, sólo he disfrutado el momento, la cara de imbécil que se le ha quedado. Esto me ha hecho pensar que no debería desperdiciar esta malformación dejándola sólo para mi entorno inmediato. Estaría bien aprovecharla de forma más ambiciosa y obtener incluso algún beneficio económico.

25 de julio

Mi trabajo me aburre soberanamente y me he pasado las vacaciones dándole vueltas a la mejor manera de utilizar mi malformación. Tendría un éxito fantástico como vidente, impresionaría mucho “adivinar” la vida de mis clientes. La vida pasada claro, porque el futuro no podría oírlo. De cualquier modo no es tan difícil inventarles un futuro a mis potenciales víctimas, así me parece que lo hacen las pitonisas y pitonisos de la tele.

20 de agosto

Ya he pensado seriamente en cómo sacar partido de mis peculiaridades extra sensoriales. Me he puesto en contacto con mi sobrino de Valencia, que trabaja para la policía, en la brigada de criminología. No le he dicho exactamente en qué consiste mi capacidad de percibir las intenciones y pensamientos de los demás, pero ha quedado muy interesado porque le he demostrado que iba por delante de él en todo lo que se le venía a la cabeza. Ahora está de vacaciones y después de varias conversaciones sobre el tema hemos quedado en tener una entrevista en otoño. Estoy muy emocionada, mis orejitas me harán triunfar y podré tener un trabajo interesante y que me de prestigio. Y si consigo introducirme como colaboradora de la policía tendré acceso a información privilegiada que me será muy útil para mejorar mi economía.

---

28 de septiembre

Ya es otoño. No solo lo dice el calendario, lo dicen los rosales, las acacias, los prunos, las azaleas que veo en el parque frente a mi casa. Han perdido el lustre y se van poniendo amarillentos. Las ráfagas de viento empujan sus hojas que caen sobre el verde de los parterres y el gris de las aceras.

Es otoño. Lo dicen mis orejitas, que mustias y sin vida se están secando. Ya se han caído tres, el resto no tardará. Me he soltado el pelo porque ya apenas se ven y sobre todo porque me cuesta mucho oír los pensamientos de los demás.

Es otoño. Lo dice la lluvia que ha limpiado el aire, y la gente, que se cubre con chaquetas y jerséis de colores oscuros. Lo dice la vuelta a la rutina de los escolares. Ahora ya no vale la pena ponerme en contacto con mi sobrino de Valencia.

Fin

---

## EL ESPEJO MÁGICO

Se veía como en un espejo. Era una antigua teoría suya, abandonada en el pasado, que el presente le había vuelto a traer.

Aquella teoría consistía en que las demás personas funcionan como espejos de nuestra propia esencia, y lo que le pareció un dislate en el pasado, ahora se confirmaba. No el dislate, sino la teoría.

Y se veía así misma, no a través de las de las demás personas con las que hablaba, como había sucedido en el pasado, no. Ahora se veía, a ella y a todas las que vivían en ella. La ingenua y la desconfiada, la simpática y la borde, la generosa y la escasa, la apasionada y la viciosa, la reflexiva y la infantil, la seria y la payasa, la torpe y la genial; y no dejaba de sorprenderle. ¡Y había más!

Su propia visión en cada una de sus mujeres-faceta, estaba siendo toda una sorpresa. Veía como fluctuaban y como predominaba una, dos o más, sobre todas las demás en un momento puntual, mientras su auto imagen pasaba al anonimato.

Y cogía perspectiva y sobre volando el mosaico de su yo actual, se dio por fin cuenta lo tonta que había sido, por aferrarse a un cliché que ni siquiera ella había creado, ni ahora ya, por supuesto, se creía. Su propia imagen había sido barrida de la faz de la tierra. Miedo le daba, o quizás mucha curiosidad, saber con quién amanecería mañana. De momento, no había cometido ningún crimen ni tenido ningún enfrentamiento, físico o verbal, por el tema. Pero con tanta sorpresa... ¡nunca se sabe! ¡Quizá podría servir como argumento para una serie en *Netflix* o así!

Fin

## LA POCIÓN DE LAS PIGMEAS

Aquel jueves Julia y yo teníamos por delante un fin de semana que pintaba aburrido. Todo el mundo que conocíamos en Ebolowa tenía planes fuera, menos nosotras dos. En vista del panorama decidimos relajarnos (nuestra vida allí era muy intensa), y regalarnos un fin de semana exótico, bueno, más exótico aún que residir en Ebolowa. Agarramos un mapa (de los desplegados de papel) y en menos de cinco minutos decidimos que nos iríamos a Kribi, territorio de pigmeos.

Kribi es un destino turístico de la costa de Camerún, es su “Costa Azul”. Desde nuestra base en Ebolowa, por el camino más corto, hay unos 140 kilómetros, pero como esa ruta sólo era apta para tractores o tanques, tuvimos que dar un pequeño rodeo: 157 kilómetros hacia el norte, a Yaoundé, 170 kilómetros hacia el oeste, hasta Edea, y luego 150 kilómetros hacia el sur, hasta Kribi. Sobre el mapa es casi un cuadrado, en total más de 470 kilómetros en los que se emplean unas nueve horas, dependiendo del tráfico y de lo que llueva en el camino. Si llueve mucho, los socavones se llenan de agua y no se ven, por lo que hay que parar para evitar que el coche naufrague; por suerte, en cuanto cesa la lluvia, enseguida se seca todo y los socavones vuelven a ser visibles. Estas paradas técnicas y la velocidad de cruce permiten disfrutar a fondo del paisaje, todo en esta zona del sur está empotrado en la selva, una belleza.

Viajamos en un coche que nos prestaron. Hacíamos un grupo curioso, dos españolas y nuestro chófer bantú. A Julia y a mí, después de tres semanas compartiendo nuestro destino africano, ya no nos impresionaba el efecto que causaba nuestro color de piel en la población; el chófer parecía encantado con la expectación que levantábamos, sobre todo Julia, una andaluza con una sonrisa y una gracia que cautiva, aunque su “frañol” no se entienda nada; él era un conocido que se ofreció a llevarnos. Le quedamos agradecidas porque conducir en este país es una gincana en toda regla; no hay señalizaciones claras ni oscuras, ni normas conocidas de circulación, salvo el todo vale.

Salimos de Ebolowa a las ocho y media de la mañana del viernes y llegamos a Kribi pasadas las seis de la tarde. Paramos casi llegando para contemplar la puesta de sol, todo el paisaje se veía envuelto en una luz rojiza muy intensa, que se fundía con el rojo de la tierra. Casi a oscuras comenzamos a buscar hotel, fue divertido, sobre todo por la cara de Julia cuando le traducía lo que nos decían, no daba crédito luego sí, al ver las habitaciones.

Recorrimos más de seis alojamientos para encontrar algo que reuniera unas mínimas condiciones. Todos reunían las mismas. Nos quedamos con uno cercano a la playa, y agradecemos a nuestras respectivas Unidades del Viajero de nuestros respetivos hospitales en España, que nos hubieran puesto todas las vacunas conocidas hasta la fecha. Además de las vacunas viajábamos con las inevitables velas, y con nuestras sábanas y toallas. Todo un acierto. Nos olvidamos los productos de limpieza (los estándares aquí son distintos a los españoles), pero al menos no las chanclas de goma, imprescindibles para acceder al cuarto de baño.

Después de negociar duramente el precio de la habitación del chófer y de la nuestra, y pagar por adelantado, nos fuimos a cenar a un conocido establecimiento de pescado fresco, a la orilla del mar. La pesca en Kribi tiene fama, los precios también deberían tenerla por lo elevados que son. El restaurante era como un chiringuito de playa, pero a la camerunesa, todo muy oscuro. Antes de sentarse había que elegir lo que te ibas a comer, y te lo preparaban a la brasa; estaba muy rico, pero como dijo Julia:” mejor no hacerse preguntas tontas respecto a los vasos, platos, ni nada; nena, tó paentro”.

Al amanecer, tras una noche para recordar y no repetir, debido sobre todo a la fauna local de menor tamaño, nos dirigimos a las cascadas del río Lobé, encajonadas en la vegetación selvática que a esa hora del día era de un verde casi lujurioso. Cascadas preciosas y muy útiles, allí es donde los nativos lavan su ropa y a ellos mismos; según nos dijeron es un agua buenísima. Tras admirar esas maravillas de la naturaleza (las cascadas y los nativos bañándose), nos fuimos a buscar una embarcación, y, luego de una negociación tremenda con el propietario de una piragua, remontamos el río hasta llegar a un poblado pigmeo, en el corazón de la selva.

Leopold, el propietario de la piragua, era un atractivo bantú de gran estatura soportada por una percha de proporciones impecables. Se comportó como un auténtico caballero desde el momento en que cerramos el precio del viaje (antes no tanto); nos presentó a su ayudante, un chico simpático con una cacerola colgada del cinto. Sí, una cacerola. El patrón nos ofreció a Julia y a mí, por turno, aunque creo que el turno de Julia duró bastante más que el mío, su mano para embarcar, mientras que, con un pie en la piragua y el otro en la piedra movediza que hacía las veces de embarcadero, evitaba que la piragua se alejase de la orilla. Luego, al tiempo que saltaba al interior impulsó la piragua con el pie de la piedra, se sentó en el travesaño de proa y comenzó a remar con brío.

---

Las dos estábamos todavía preguntándonos para qué necesitaba al ayudante, cuando éste entró en acción. Antes de llegar al centro del río el agua se había colado alegremente entre los tablones de nuestro navío, alcanzando un nivel de unos quince centímetros; el chico nos pidió que pusiéramos los pies sobre el travesaño de delante, y sonriendo, (aquí la gente sonríe mucho), se puso manos a la cacerola, llenándola y vaciándola por la borda, a intervalos rítmicos que me hicieron pensar en el señor del timbal que anima a los remeros en las pelis de romanos. Leopold miraba mucho a mi compañera y me pedía que le preguntase cosas, le sonreía nervioso y bajaba los ojos cuando Julia lo miraba directamente. Ella, divertida, me preguntaba, “¿Qué dice?, ¿qué le has dicho?”, pues que te gusta mucho su país y cosas de ese tipo, le contestaba yo. Repartíamos nuestra atención entre admirar la belleza del trayecto y vigilar el nivel del agua en la piragua. El verde de la selva se había hecho aún más intenso con la luz de mediodía, el agua del río se volvía casi negra conforme lo remontábamos. El trabajo del chico fue eficaz, tras una hora de navegación llegamos a nuestro destino con los pies secos.

El poblado se encontraba a un kilómetro, más o menos, de la orilla del río. Durante el trayecto a pie varios niños pigmeos, perfectamente camuflados entre la vegetación, nos observaban y se reían (creo que de nosotras). Sus carcajadas los delataron, y al saberse descubiertos salieron y nos acompañaron entre más risas. Leopold, sin dejar de mirar a Julia, apartaba con cuidado las ramas y las lianas que ocultaban el sendero. “Me mira mucho, ¿no?”, me dijo Julia; era verdad. La miraba muchísimo.

Poco más de media hora después alcanzamos un claro en la selva en el que había ocho chozas dispuestas en semicírculo, edificación inteligente consistente en troncos de bambú clavados en el suelo, con el techado de ramas; la choza del Jefe, la más grande. Vivían allí cinco familias que nos recibieron bien, porque sabían que les llevábamos el obsequio estándar: wiski en monodosis y cigarrillos; naturalmente se lo entregamos al Jefe, el cual, agradecido, nos dejó fotografiarnos con su lanza, todo un honor. Leopold insistió en fotografiarse con Julia y con la lanza, quedaron muy guapos.

Cuando llegamos estaban preparando la comida; se han modernizado y usan cacerolas de aluminio desde hace algunos años, la fuente de energía sigue siendo la de toda la vida, la fogata, y para sujetar las cacerolas sobre el fuego utilizan una especie de trébedes en versión pigmea.

---

Los pigmeos también han modernizado su vestuario, han sacrificado su indumentaria tradicional que se caracterizaba por la ligereza, y ahora usan ropa occidental (camisetas y calzones sobre todo), lo cual les da más trabajo porque la tienen que lavar. Como consecuencia del contacto con no pigmeos, sus condiciones de vida han mejorado un poco y han crecido, ya no son tan bajitos. Este contacto con no pigmeos también tiene su lado oscuro, los bantúes, (nuestro Leopold es bantú, también su ayudante y nuestro chófer), se han alzado con el monopolio de las visitas turísticas, sospecho que también con buena parte de los ingresos que generan, pero no quiero opinar sobre asuntos tribales.

Leopold, se brindó a hacer de traductor porque, dijo, los pigmeos no hablan francés (luego descubrimos que sí lo hablan). Nos contó que los pigmeos siguen fieles a sus costumbres ancestrales, y que viven totalmente integrados en la selva; nos aclaró que conocen a la perfección todo lo que crece por allí, y parece que da mucho juego. Para ilustrarlo nos describió las pompas fúnebres pigmeas; según él, cuando muere alguien de la comunidad, los hombres se reúnen en lo que podríamos denominar la plaza del poblado, es decir, la parte vacía del semicírculo, y, después de haber cavado la fosa allí mismo, y de haberse tomado unas cuantas cosas de las que tienen a mano, entran en una especie de trance y comienzan su ritual. Mientras, las mujeres deben permanecer encerradas en las chozas. Al finado lo colocan junto a la fosa y en un momento dado del ceremonial, el Gran Espíritu hace acto de presencia. Se nota porque sacude fuertemente las copas de los árboles y hace un ruido horroroso, y porque coloca al muerto en la fosa; de esto se dan cuenta cuando recuperan el conocimiento que perdieron, debido a la ingesta de la mezcla de semillas, hojas y hierbas, todo productos naturales, que preparan en forma de poción. ¿Por qué las mujeres deben estar escondidas? Pues Leopold no nos lo dijo, pero es una tontería porque las chozas dejan ver todo lo de fuera; lo que sí añadió es que, cuando están en trance, los pigmeos hombres poseen la cualidad de desplazarse casi a la velocidad del rayo por la selva, cubriendo grandes distancias en cuestión de minutos. Por más que insistí no pude averiguar la composición de la poción, la guardan en absoluto secreto.

De vuelta río abajo, Leopold cambió de tercio y nos informó de que las mujeres pigmeas pueden hacer enloquecer de amor a un hombre, y de que se habían dado casos de no pigmeos que incluso habían abandonado a su familia, su trabajo, su casa... su vida anterior por ellas. No quitaba su vista de Julia, y Julia no paraba de preguntarme.

—¿Qué dice?

---

–Luego te aclararé todo lo que no hayas entendido – le contesté yo, para no interrumpir el ritmo de las interesantes explicaciones de Leopold.

–Leopold, ¿cuál es el secreto de las pigmeas para ser tan seductoras? – pregunté.

Nuestro bantú casi se cayó al agua de la risa nerviosa que le entró; cuando se repuso contó que utilizan plantas que sólo ellas conocen para aumentar su potencia sexual, y la del pigmeo; sobre todo una corteza con la que preparan una poción para lavarse el sexo (palabras textuales de Leopold) y que hace que no sea posible resistirse a ellas; no sólo eso, sino que el señor en cuestión nunca quiere irse. Al parecer también tiene un componente místico porque, en pleno éxtasis, las señoras pigmeas sienten como si se comieran el corazón del señor y le robaran el alma para siempre. Mientras contaba todo esto, Leopold miraba a Julia como si pretendiera hipnotizarla; en un momento dado le dijo algo en bantú a su ayudante, y éste, en lugar de achicar agua comenzó a echársela a él por la cabeza.

–Pero, ¿qué hace este chico? – preguntó Julia.

–No sé, el pobre Leopold debe tener mucho calor de tanto remar (no era verdad, íbamos a favor de la corriente).

Leopold parecía estar pasando un mal rato, creo que se puso colorado. Yo, de vez en cuando volvía la cabeza para mirar a nuestro chófer, que ocupaba el travesaño de popa; el hombre tenía una cara rara, reía sin ruido, con los ojillos entornados, y, también se refrescaba metiendo las manos en el agua. Los tres hombres que iban con nosotras (Leopold, nuestro chófer, y el ayudante de Leopold que lo regaba todo el tiempo), declararon que las pigmeas son guapísimas. Julia y yo nos dimos cuenta, una vez más, de los diferentes que son los estándares de cualquier cosa en cada sitio; no emitimos opinión alguna.

Nuestro patrón remero se apuntó a comer con nosotros en la playa de la desembocadura del río. Durante la comida Leopold me hizo mucho la pelota porque creía que Julia era mi hija. Al cabo de un par de horas me confesó que ella era el amor de su vida y, con mi permiso, le regaló una pulsera, un coco y media cerveza, además de invitarla a vivir en su choza, para que pudiera aprender más cosas de las señoras pigmeas, así mismo lo dijo. Añadió que me haría una choza para mí sola, para que pudiera visitarlos cuando quisiera. Yo agradecí mentalmente a los cielos que Julia hubiera desistido de ponerse en bikini y darse un chapuzón (aún no había tenido ocasión de explicarle en detalle lo de las pigmeas), me había costado un poco convencerla, pero el argumento de los petroleros anclados frente a la playa fue decisivo.

---



Julia por poco se desmayó cuando le expliqué, con todo lujo de detalles, las pretensiones de Leopold (su frañol no le permitía seguir bien el hilo de las conversaciones), su vahído se produjo, sobre todo, porque le dije que había dado al muchacho mi consentimiento como madre. Cuando se estaba recuperando de la impresión, creo que algo alterada, por suerte para mí la puesta de sol en la playa nos dejó sin palabras; el verde de la vegetación se recortaba contra la luz roja del crepúsculo y el amarillo de la arena, y, enseguida, la negra oscuridad. No había luna y nos costó un poco localizar el coche (aquí el alumbrado público es sólo privado, y en la playa no había). Julia intentaba explicarle al muchacho que no podía llevarse a España, él no lo comprendía; como era una conversación privada yo decidí no intervenir, ya se entenderían entre ellos. Le costó una barbaridad deshacerse de Leopold, el pobre quedó muy contrariado; se había hecho ilusiones de viajar a España tras el aprendizaje “in situ” de Julia de las costumbres pigmeas, y, de quedarse a vivir para siempre con ella.

El chófer se conoce que se había animado con la conversación en la piragua sobre las habilidades de las pigmeas, y, en cuanto pudo, ya con su cara normal, también le declaró su amor eterno a mi compañera; el hecho de que estuviera casado no era ningún impedimento, según dijo, su mujer lo comprendería y le dejaría irse a España. De nuevo tuve que hacer de intérprete, pero ya estaba aprendiendo y me limité al fondo del asunto, nada de florituras esta vez. Julia no daba crédito, yo tampoco, pero tenía ganas de cenar y así lo dije.

Al llegar al hotel, ya de noche cerrada, nos estaba esperando un miembro de nuestra base en Ebolowa. Había tenido que asistir a unas reuniones en la capital y, al saber de nuestra escapada, (aquí es misión imposible mantener algo en secreto), decidió unírse nos. Viajó desde Yaoundé, unas seis horas de autobús, para cenar con nosotros pescado a la brasa, se pirra por el pescado de Kribi. Yo me alegré, gracias a eso Julia volvió a hablarme, se había enfadado un poquito por lo de Leopold. Además, nuestro chófer dio tregua en su asedio hacia mi compañera, creo que intimidado por nuestro inesperado huésped (inesperado para nosotras, a él le había llamado por teléfono para conocer nuestra ubicación exacta).

Salimos temprano al día siguiente, exactamente al alba, tras nuestra segunda noche única e inolvidable, esta vez a causa de los efluvios del insecticida que utilizamos para combatir la fauna menor de la habitación. Julia y yo propusimos dar un pequeño rodeo de unos cuarenta kilómetros, para internarnos un poquito en la selva, después de todo ya estábamos allí, y para eso solo no pensábamos volver.

---

. Gran idea, debíamos remontar el curso del río hasta llegar a un enclave que fue el núcleo de las plantaciones de caucho de la época de los alemanes y los holandeses. Nos perdimos. Al cabo de tres horas de viaje inenarrable llegamos a un poblado, en la profundidad de la selva. Pudimos comprobar, una vez más, la curiosidad que despierta la raza blanca por aquellos parajes; en poco más de diez minutos todos los habitantes del poblado estaban a nuestro alrededor, riendo y preguntándonos cosas. De nuevo un joven quedó prendado de Julia, pero esta vez yo no le traduje nada.

No tengo ni idea de a qué etnia pertenecían, fueron muy amables, nos dieron instrucciones para salir de allí. El viaje valió la pena, nos perdimos dos veces más por la selva, pasamos un poco de miedo (yo mucho), y descubrimos poblados inimaginables.

Tras no sé cuántas horas de coche dando tumbos, literalmente, por aquellos andurriales, aparecimos en la carretera correcta, la alegría duró poco, enseguida se puso a llover como nunca y tuvimos que quedarnos quietecitos un buen rato; la puesta de sol ya no nos gustó tanto, sin sol los socavones no se ven igual, y menos llenos de agua. Después de la parada técnica pudimos continuar viaje, la velocidad media no superó los treinta y cinco kilómetros por hora, como era una noche sin luna no se pudo ir más deprisa.

Llegamos exhaustos a nuestro destino, por suerte nos habían guardado la cena; con tanta emoción ninguno dijo nada de comer en todo el día, además nos hubiera dado igual, no había nada de nada.

No volvimos a saber de Leopold. Nuestro chófer, en cuanto entramos en Ebolowa se olvidó de sus pretensiones bígamas y se volvió a su casa como si nada. Nosotras dos, después de cenar, nos refugiamos en mi chambre, bajo la doble mosquitera convenientemente rociada de insecticida y repelente universal, y, entre, el ataque de risa que nos dio cuando le dije a Julia que se había convertido en la sex-symbol de Camerún, unos cuantos chupitos del coñac que yo guardaba a buen recaudo, y de hacernos el cuento de La Lechera con lo que podríamos ganar comercializando en Europa la poción de las pigmeas, conseguimos relajarnos de nuestro viaje para huir del aburrimiento.

Fin

---

## APARIENCIA

Su nueva imagen había resultado todo un éxito. La reluciente cabellera azabache le caía en cascada sobre los hombros y la piel blanca, casi traslúcida, del rostro resaltaba la oscuridad abisal de sus ojos. Desde siempre fue reacio a dejarse barba, pero los cambios que iba introduciendo en su dieta amenazaban con afilarle en exceso los rasgos y darle un aire enfermizo; un grave inconveniente para su estilo de vida. Vladis Petrescu, además de seductor impenitente, era un viajero incansable al que cautivaban los cielos grises y la atmósfera lánguida de las ciudades costeras del norte de Europa.

Dejó Bergen a finales del invierno con el propósito de pasar unos días en Milán. Quería disfrutar del reencuentro con viejas amistades antes de instalarse definitivamente en Bilbao, pero la alerta sanitaria en Italia le obligó a alterar sus planes. Avistó la silueta de la cornisa cantábrica a última hora de la tarde del primer sábado de marzo. Llegaba a tiempo de echar un vistazo a la transformación que había experimentado la ciudad en los primeros años del siglo y, quizá, por contradictorio que pareciera para un aspirante a vegano, de probar alguna delicia de la cocina vasca.

Tras las formalidades de rigor, el anfitrión del apartamento que había reservado en el Casco Viejo se despidió de él amablemente —Un placer recibirle, señor Petrescu. No dude en contactar conmigo para lo que necesite—. En cuanto se quedó solo, colgó las prendas de abrigo en el armario de la que ya era su habitación, se duchó con agua tibia y salió a dar una vuelta por la orilla este de la ría. Caminaba adentrándose en la oscuridad de la noche, atento a la llamada sorda del reflejo de los puentes en el agua. Sus propios pensamientos acerca de los fenómenos reflectantes le sacaron del ensimismamiento. Últimamente le rondaban ideas estrafalarias dueñas de una inquietud desconocida, diferente a inquietudes pretéritas. La más recurrente de todas giraba en torno a sus excesos: Vladis había pecado de una amplia variedad de ellos a lo largo de su dilatada existencia, pero el que le estaba trayendo ahora de cabeza era el concerniente a su alimentación. Desde siempre había abusado del consumo de proteína animal, un hábito incompatible con el cambio de estilo de vida que se había propuesto y la transformación existencial en la que estaba inmerso.

Una lluvia fina pero abundante calaba el paño de su chaquetón. Se animó a cruzar el Puente del Ayuntamiento con la intención de buscar un lugar donde tomar algo tan pronto alcanzara la orilla oeste.

El primer local que divisó junto al muelle dejaba escapar una luz cálida a través del ventanal; se asomó decidido a entrar, pero un intenso olor a ajo le hizo retroceder como alma que lleva el diablo. De nuevo en el exterior, unas respiraciones diafragmáticas le ayudaron a serenarse aunque no a recuperar el apetito. Avanzó durante algunos minutos hasta que sabiéndose a salvo, alzó la vista. *Gin Fizz Cocktail Bar*, leyó en un susurro. Abrió la puerta acristalada del establecimiento olfateando con disimulo al tiempo que echaba una ojeada rápida al interior; parecía el lugar perfecto para relajar el cuerpo y serenar el espíritu. Un sofá alto azul claro, recubría la pared del fondo, abriendo el espacio a un pequeño grupo de mesas de mármol y sillas con asientos de cuero; en la pared de la derecha un sofá bajo de intenso color cereza, invitaba a abandonarse al placer de saborear el sinfín de licores que custodiaban la barra. En torno a la viga central, tres mesas altas y sus respectivos taburetes obsequiaban al público con un ambiente más informal.

Colgó el chaquetón en el perchero de la entrada y se sentó a un lateral de la barra. Los movimientos del barman distrajeron su atención unos instantes antes de que llegara el segundo sobresalto de la noche. Agitaba, picaba y combinaba ingredientes con una habilidad sobrenatural; cuando se sentía satisfecho, aireaba la mezcla roja lanzándola desde la coctelera a un vaso largo que sujetaba con firmeza. *No me digas que has conseguido igualar mi Bloody Mary*, Igor. El aroma familiar de la tentación erizó por completo la piel de Vladis. *No tendría valor, Mary*. Vladis no conseguía apartar la mirada de la carótida que palpitaba bajo la fina piel del cuello de la chica. La joven lo miró de soslayo y se giró sonriente hacia él:

—¿Desea la carta, caballero?

Asintió, apremiado por una sed casi insoportable. Sin apartar la mirada de ella tomó la carta entre sus frías manos. Tan pronto acordó que había llegado el momento de saltarse toda restricción, Vladis se concedió licencia para hacer lo que mejor sabía hacer:

—Señorita, tomaré lo que ha preparado su compañero —respondió pausadamente, enfatizando al máximo su irresistible acento eslavo.

—Un *Bloody*... —se interrumpió Mary deshaciéndose del punzante palito de madera que recogía sus cabellos y de su propia voluntad —... *Bloody Me*.

Deseó ardientemente volver pero un gran cambio alteró sus planes: el virus que había desatado todas las alarmas en Italia, se propagaba descontroladamente.

Las autoridades empezaban a adoptar medidas orientadas al confinamiento de la población. Los medios de comunicación eran un hervidero de noticias, estadísticas y anuncios de medidas para los colectivos afectados ocultando en el reflejo de su apariencia la oscura sombra de la naturaleza de su especie.

Obligado a huir de las sucesivas plagas que castigaron a las dos Américas, había recorrido el extenso territorio, desde la Argentina a Canadá, durante casi cien años. Mejor o peor, con mayor o menor fortuna, las instituciones siempre trataban de dar muestras de apoyo y atender las necesidades de pobres, desafortunados y caídos en desgracia. Pero, fuera donde fuese, gobernara quien gobernase, Vladis Petrescu sobrevivía ocultando en el reflejo de su apariencia la oscura sombra de la naturaleza de su especie.

*Y colorín, colorado, este cuento ¡se ha terminado!*

---

## AMIGOS DE CALLE

Después del trabajo, Carmela corría junto a la ribera del Manzanares. Esa tarde ni siquiera se puso los cascos. No estaba para música. Cruzó el puente con el corazón alterado. Paró para descansar mirando al río. Los brillos del agua se confundían con las imágenes insistentes de aquellos ojos desorientados. Y el otro, el otro con sus preguntas. Aún sentía la densidad de su olor. Poco a poco, surgió en su memoria aquella historia que, además de dramática, era hermosa y cutre como su entorno.

Hasta el final siempre los vio juntos. Entraban a la par en la consulta. Manolo, el ciego, delgado, vacilante en su andar, con la cabeza siempre hacia arriba, como buscando algo. El amigo, Andrés, rechoncho y bonachón. Los dos rondaban los cincuenta y olían ácido, a miseria.

Venían a pedir recetas. Por la diabetes, los antivirales y, alguna que otra, para trapichear. Eran amigos de calle. Se movían por los poblados del extrarradio. Vendían poca cosa. Su gran ilusión era tener un coche, hacer de *kundas* y acercar a los clientes a los puntos de venta. Pero apenas lograban sobrevivir.

Carmela era médico de familia y les conocía hacía tiempo. Siempre le había llamado la atención la relación entre los dos. Una rara simbiosis en la que, curiosamente, dominaba el ciego. Gruñón, siempre trajinando al otro. Nunca hubiera imaginado que vinieran con semejante petición.

Aquel día, como otros, entraron en la consulta y se sentaron muy serios delante de ella. Andrés comenzó su parlamento. No, no, si hoy estaban bien, no querían recetas, era otro asunto. —Verá doctora, he pensado que me gustaría regalarle un ojo a Manolo—. Que si se defenderían mejor así, que él caza al viento, pero su ojo le ayudaría, que podría vigilar por si hubiera que abrirse, ya sabe. En fin, que Andrés con un ojo se apañaba y los dos estaban de acuerdo en el cambio. Era lo mejor...

En ese momento un coche aparcó justo debajo de la ventana. La voz cascada de Camarón rasgó la escena. Mientras, ella les miraba y no salía de su asombro. En los años que llevaba ejerciendo la medicina nunca había escuchado nada igual. Sabía que eran especiales. Pero no tanto. Así que, despacio, se puso las gafas, como para entender con mayor claridad la situación.

Les dijo que eso no era posible, que ese tipo de trasplante no se hacía de momento y que más valía que dejaran la basura en la que estaban.

El ciego contestó enfadado, acusando a Carmela de no querer colaborar. No era tan fácil salir de esa vida. Sin recursos y con su historial. Las pocas ayudas que les ofrecían tenían normas que ni hechas a mala idea. No, si no tenían salida. Ya lo decía él.

La dejaron verdaderamente fastidiada. No alcanzaba a entender cuál podía ser la motivación de Andrés. La del ciego estaba clara. El sólo ganaba. Pero, ¿y el otro? Quizá en el borde los humanos sacáramos lo mejor de nosotros y se tratara de un acto de amor hacia el amigo. O bien, fuera sólo la pura necesidad de supervivencia. O una mezcla de frío, hambre y soledad.

Fue pasando el día a día. Gripes, gastroenteritis, alergias, algún caso interesante, y rutinas. Después a la tarde, correr. Respirar el aire fresco. Hoy con Mozart, ayer con Tom Waits, mañana ya veremos.

Pasaron unos meses. Una tarde abrió la puerta para el último paciente y ahí estaba el ciego. Le hizo pasar. Se sentó en silencio, casi en la penumbra. Daba igual que encendiera la luz. Venía solo y parecía abatido. El ciego la miraba con el dolor penetrante de los ojos perdidos. Despacio comenzó a hablar: —si supiera. Era de noche, en las Barranquillas. Andrés, junto a mí, me iba contando como siempre lo que pasaba en la calle: bajo la farola, ya sabe; esos ya están tirados en la esquina; ahora sólo veo sombras en el descampado. Caminamos un rato, en silencio. Pasó el camión de la basura. De pronto un fuerte empujón me hizo caer sobre la acera, chirrió un frenazo, un golpe seco. Me sentí aturdido, tenía dolor, pero no en el cuerpo, ¿sabe?, por dentro, de mal augurio. Hablaban a mí alrededor. Me tumbaron en una camilla. Alguien dijo: le empujó para que no le pillaran y él ha muerto. El camión de la basura le había arrollado, junto a los cubos. Mala noche doctora. Oscura. Si, oscura. Quiso darme su ojo y ya ve, me entregó la vida —. El aleteo de unos patos la sacó de su extrañamiento.

Le hubiera gustado que aquella historia fuera sólo una mala ensoñación. Pero no. La realidad era demasiado cruel. Mientras, la ciudad mostraba su curso vital e impasible. Carmela no podía correr, le pesaban los pies. Recordó de nuevo los suaves modales de Andrés. Movía nubes con las manos. Era terco, muy terco, pero también tierno. Siempre tuvo algo de poeta. Ahora, muerto.

Sintió en ella el paso inseguro de Manuel. No era muy distinto al suyo. Se le agolparon los versos de Baudelaire:

*“¡Mira! ¡A rastras voy también!, pero, más torpe que ellos, me pregunto: ¿Qué buscan en el Cielo esos ciegos?”*

Fin

---



## EL REENCUENTRO

Hace muy, pero que muy poco tiempo, antes de ayer sin ir más lejos, volví a ver al que, hasta hoy, ha sido el único amor de mi vida.

Sólo pedía no volver a verlo, sólo eso, de lo demás ya me ocupaba yo, pero ni esto se me logra. Acabo de caer en la cuenta de que no me he presentado, lo siento: soy Esperanza. ¡Qué cabeza la mía! El caso es que, el jueves, que fue el famoso día de autos, yo venía del súper de comprar cuatro cartones de leche y una tableta de chocolate, bueno en realidad dos, y cuando levanté los ojos del suelo porque oí una voz familiar que me decía: —¿Espe?! —, me encontré con la misma e inconfundible corbata que tanto tiempo había estado intentando olvidar. “Mierda, ya estamos todos” pensé, y me preparé para que nuestras miradas se reencontraran.

Tras una sonrisa fingida que acabó en tos —bendito momento —, me recompuse y me erguí todo lo que pude, haciendo buen uso de mi bipedestación, y al fin contesté:

—¡Hombre, Gustavo! ¿Qué tal?

—¡Genial! Recién llegado de Irlanda, ¿tú?

“Donde tenías que haberte quedado”.

—Yo... recién llegada del súper —fue lo único que se me ocurrió decir mientras levantaba la bolsa de la que asomaba el chocolate.

—¡Qué graciosa!

“¡Qué capullo!” resonó en mi cabeza pero por suerte un “gracias” salió de mis labios.

—Bueno, Gustavo, me alegro de verte —me oí mentir —, pero tengo prisa.

—Lo mismo digo, Esperanza. Un placer volver a verte. A ver si un día quedamos y tomamos un café, para ponernos al día.

No le dije ni sí ni no, me limité a levantar una mano en ademán de despedida y giré sobre mis talones para comenzar a andar.

—¡Esperanza!

—¿Sí? —contesté yo volviéndome muy a mi pesar de nuevo hacia él.

Deja que me vaya de una vez, como hiciste tú hace seis meses”.

Y no lloré: reí. Reí porque me sentí liberada. Reí porque, en ese momento, comprendí que ya no estaba enamorada de Gustavo. Reí, sí, reí antes de ayer, y también ayer, y espero hacerlo hoy. No, es más, espero reírme, por siempre jamás (ja, ja).

Fin

---

## NO TE CONFUNDAS

En una residencia de ancianos, Rosario aparca su pequeño coche en el parking exterior. No viene a ver a su hermana desde cuando hacía frío y ella llevaba una bufanda gorda alrededor del cuello, ya flácido. Ahora que hace calor, las palmeras la saludan con su movimiento pacífico de izquierda a derecha. Lleva una muleta plegable porque cree que en estos tres meses, su hermana habrá perdido facultades.

—Antonia, ha venido su hermana a verla.

—¿Cómo? —la abuela se acomoda la toquilla azul en los hombros, tiene pelos blancos muy finos acomodados en sus ropas.

—Ay, no tiene usted el audífono conectado —le dice la enfermera, que con cariño le ajusta el aparato de color carne. La combinación del enorme artilugio con su cara de mil pliegues forma una escena carnavalesca.

—¿Esa es la Rosario? —pregunta Antonia.

—Sí, su hermana. ¡Hola, Rosario!

—Oye, chica, en el cartel de abajo pone: “lávese las manos antes de entrar”, ¿pero cómo iba a saber yo eso antes de venir?

—No se preocupe, láveselas en el baño de aquí. ¡Ha visto qué bien está Antonia? —le dice la enfermera, empujando la mesa en la que se sienta Antonia hacia atrás para que la hermana pueda contemplar la pequeña figura de la residente.

—Antonia, ¿andas bien? —le dice Rosario, sin acercarse a besarle las agrietadas mejillas.

—¿Qué? ¿Qué dices? —grita Antonia.

—Que dice su hermana que si anda bien, porque mire, le ha traído un bastón plegable.

—Yo no voy a vender cupones, díselo, jovencita —responde Antonia, con el dedo en alto.

—Que dice su hermana que no va a vender cupones, Rosario —replica la enfermera.

—Chica, seré canosa, soy diez años más joven que mi hermana y oigo bien. Antonia, ¡Antonia! Mira lo que te ha hecho mi nieta: un jarroncito y un dibujo. En el dibujo pone: “ponte bien, tía”.

—¿Qué estoy *podría*? Mire joven, esta señora por mucho hermana mía que sea no tiene educación ninguna. Discúlpela.

—Que no, Antonia —le dice la enfermera, que con cuidado la agarra del hombro y se le acerca al oído —. Mire, ahí pone que se ponga bien usted. ¡Todo un detalle!

—Ah, ¿y quién ha hecho esto? —pregunta Antonia, mirando de arriba abajo a Rosario, que permanece de pie lejos de su hermana. Antonia hace un esfuerzo en subir su cabeza redonda para contemplar la parte alta del tronco de su hermana.

—¡Lo ha hecho mi nieta, Cristina! —le contesta a voces pero alejada Rosario.

—¿Una piscina? Jovencita —y baja la voz —acérquese. Mire, mi hermana se cree que yo soy rica y que aquí hay piscina. Dígale que yo no quiero que se quede y pues que piscina, no hay.

—Que dice su hermana que aquí no hay piscina, Rosario, que si la hubiera que mucho gustaría que estuvieran las dos allí, pero que no puede ser.

—Eso —replica Antonia, con un movimiento de cabeza de confirmación que cierra el asunto.

—¡Tu sobrina nieta, Cristina! Madre mía, ¡se ha quedado sorda! —dice Rosario subiéndole los brazos y abriendo sus manos tanto, que el aire se mete entre los dedos.

—No te confundas, Rosario. Aquí la única que ha puesto peso, has sido tú.

—¡Gorda no, sorda, hermana, sor-da!

—Que me dices gorda y gorda y aquí estoy yo aguantándote. ¡Anda y vete a freír pimientos!

—Antonia lo que quiere decir su hermana es que ha perdido oído —le dice la enfermera, que se acucilla y se pone al lado suya.

—Mira, Antonia, yo me marchó, ahí te quedas. Sorda o no, siempre serás muy dramática —y agarra su bolso y le toca la cabeza a su hermana muy levemente.

—Antonia, se va su hermana y dice que no se entienden, pero yo creo que en verdad le da mucha pena irse —le dice la enfermera, aun a su lado.

Rosario marcha por el pasillo por el que vino. Ha pasado un rato y el aire que baila a las palmeras ha cogido otro sentido: ahora parece que le dicen adiós.

Fin

---

## ENAJENACIÓN

*“La locura es el origen de las hazañas de todos los héroes”*

Erasmus de Róterdam

Cuando terminaba cada jornada, mi maese me limpiaba y me ponía a descansar hasta el día siguiente; una bacía como yo era un instrumento imprescindible y, por tanto, era menester que fuera bien cuidada.

No era un oficio muy apreciado este de andar debajo de las barbas de cualquier malandrín que tuviera a bien dejarse ver por este humilde establecimiento, sin embargo es de justicia reconocer los buenos momentos que acontecen, aunque ocurran muy de cuando en cuando.

Es mi maese de origen labriego y, por tanto, de escasa ilustración, pero tiene un don natural que es bien apreciado por todos los vecinos, sean o no parroquianos, y es el de ser buena persona por encima de todas las cosas, lo que viene a significar ser amigo de sus amigos. Y muchos de ellos tiene en este pueblo suyo, a los que buenos reales saca pero a los que compensa sobradamente con su oficio y, como ya he dicho, con las virtudes de su amistad.

Entre todos ellos uno destacaba, que por Don Alonso atendía, y por él profesaba, más que amistad, devoción y respeto. Andaba ese hombre un tanto demediado, lo que se le notaba cuando venía a vernos. Entonces mi maese, además de cumplido servicio, le daba variada conversación, como correspondía. Yo, ubicada en primera fila, más bien en el foso, escuchaba los entretenidos diálogos, aunque eso de diálogos era mucho decir, casi más se trataba de monólogos. Usualmente comenzaba maese Nicolás y, después de darle los buenos días como era de educación, empezaba a hablarle sobre el tiempo, cuestión tan preciada en estos lares y oficios; pero no bien había comenzado él su discurso, Don Alonso tomaba el suyo y entonces era cuando venía lo bueno.

Sus historias sí que me divertían. En ellas relataba hechos acontecidos tanto en lejanas como en cercanas tierras, con caballeros, gigantes y princesas, entuertos a desentertar y penados a liberar. Cuando terminaba el servicio, o la fábula, lo que más durase, Don Alonso se levantaba y siguiendo las formas caballerescas, se despedía de mi maese y de todos los parroquianos presentes en ese momento, a los que deseaba todas las posibles venturas, se montaba en su caballo ayudado por su escudero y proseguía su camino.

Cuando su conocido y difamado olor corporal ya había desaparecido, todos los presentes comenzaban a reírse de las historias que Don Alonso había relatado, tildándole de loco; pero no todos participaban en el escarnio ya que mi maese, haciendo gala de su amistad, le defendía con ahínco. Les recordaba que era hidalgo caballero, con gran cabeza y fundamento, aunque sus muchas lecturas le habían trastornado las ideas y su magín desvariaba en ocasiones, incluso llegando a tornarse pendenciero cuando algo se le empeñaba y no encontraba inmediata satisfacción.

Una vez cerrada la barbería mi maese me limpiaba con sumo esmero antes de guardarme con los demás útiles de su oficio. Realmente me apreciaba, y me pulía hasta que dejaba tan brillante el azófar, que parecía que fuera de oro. Luego tomaba yo provecho de mi descanso para reflexionar sobre lo que era mi vida, entretenida por momentos pero sin vislumbrar futuros provechos. Este sentimiento me abordaba especialmente cuando venía el caballero y nos contaba sus aventuras, fueran reales o imaginarias, que ampliaban los horizontes de los pocos que le escuchábamos.

En ocasiones mi maese iba a la casa de los parroquianos que así se lo solicitaban, y en una de esas fue requerido por el criado de Don Alonso, para que fuera a prestar sus servicios al hidalgo, pues el tiempo estaba desapacible, frío y con lluvia, de perros como resumió el antedicho. Así que cogió sus útiles, nos metió en un zurrón y salió camino de la hacienda. Dióse prisa maese Nicolás y en esas que empezó a llover, y no teniendo otra cosa con la que guarecerse metió mano al morral, me sacó y me puso sobre su cabeza. Yo le quedaba un poco holgada pues no era ese el cometido para el que fui creada, pero cumplía a satisfacción sus deseos. El agua me fue cayendo y con ella el latón del que estoy hecha fue tomando un especial brillo.

Cuando llegamos a la hacienda pasamos rápidamente a los aposentos donde nos esperaba impaciente y malhumorado Don Alonso, que nos preguntó la razón de nuestra tardanza sin darnos tiempo a descansar y menos a secarnos. Estábamos ya preparándonos para ejercer nuestro oficio cuando el caballero, todavía desabrido, reparó en mí y por su mirada parecía que lo hiciera por vez primera.

—¿Qué ven mis ojos? —exclamó el hidalgo. —¿Dónde has estado todo este tiempo?

Se levantó y dirigiéndose a maese Nicolás le llamó malandrín, entre otros improprios, y le acusó de haber robado el yelmo de Mambrino, yelmo que por norma de la caballería no podía ser utilizado más que por un caballero, y nunca por un villano como él.

Maese Nicolás, a pesar del aprecio y la amistad que profesaba al hidalgo, no pudo contenerse y se resistió a que le quitara la que era su bacía, es decir, a mí, y la emprendió a golpetazos con Don Alonso. Dióse la casualidad que se hallaban en la casa tanto el escudero, Sancho, como el cura, y ambos se dispusieron a mediar en la trifulca. Sin embargo todo fue en vano pues el caballero, crecido en su honor, consiguió arrebatarme a maese Nicolás y echarle a él de la finca.

Se fue de esta manera el barbero maldiciendo a Don Alonso y mascullando palabras en las que dejaba entender que había más bacías en el mundo y que por una no iba a soportar más insultos.

De esta guisa me quedé con Don Alonso quien, no bien se hubo ido el barbero, comenzóse a calmar, que no a entrar en razón; me cogió por las alas y me puso sobre su cabeza, y mirando un espejo no pudo disimular su satisfacción al verse coronado con el que consideraba famoso yelmo del legendario rey moro, y constituirse así en el paladín que lo portase desde ese mismo momento en adelante. Las chanzas que su escudero y el cura hicieron sobre el baile que por la holgura yo realizaba sobre su hidalga testa cada vez que se movía, no sirvieron para disminuir en nada su entusiasmo.

Algunas semanas después, una vez que estuvo restablecido de su última salida, el caballero decidió volver a ponerse en marcha y continuar su lucha para desfacer los entuertos que encontrase en su ruta y, de aquesta manera, hacer méritos y ganar reconocimientos para su buen nombre y fama, y lograr así el favor de la dama de su corazón, a quién dedicaría sus victorias como compete a todo noble caballero, según él había leído.

De esta forma pasé de ser humilde y honrada bacía de barbero, a áureo yelmo de hidalgo caballero, y de estar toda mi vida acomodada en una barbería, a vagar por los caminos encima de mi ilustre nuevo amo y corriendo las más extrañas y azoradas aventuras.

Por mucho tiempo acompañé al ingenioso y valeroso hidalgo en su amoroso batallar, hasta que, por fin derrotado y por cumplir su promesa de vencido, volvió a su hacienda y se negó a salir de su lecho. Y allí estuvo hasta que le llegó la cordura y, con ella, la propia muerte. Hasta en eso fue único, pues según hizo saber en ese triste momento el bachiller Sansón Carrasco, no había noticia de que ningún otro caballero hubiere fallecido con tanta tranquilidad en su lecho de enfermo



Y rodeando este lecho y a su ilustre huésped, se encontraban su inseparable Sancho, el cura, el bachiller y también maese Nicolás, que hacía tiempo le había excusado por su pendencia y, como amigo que era, allí se encontraba en su último acompañamiento.

Yo no fui mencionada en su testamento y el barbero, al abandonar los aposentos, me recuperó para su oficio y beneficio. Y de aquesta manera torné al uso para el que fui concebida y en el que me encuentro en esta hora, no sin añorar desde entonces los tiempos en los que acompañé a Don Quijote en sus venturas y desventuras.

Fin

---

## GRACIAS

No te conozco aunque se que estás ahí, has estado antes de esto y seguirás estando cuando esta situación termine.

Ignoro si eres enfermera, médica, soldado, policía, basurero o limpiador. Se que estas trabajando como nunca mientras yo estoy en mi casa haciendo algo que me gusta, escribir. Curioso reparto de tareas el de esta pandemia.

Cuando todo esto pase probablemente tu podrás estar en casa, disfrutar de un merecido descanso, y yo saldré a la calle, a intentar ganarme la vida en una nueva época que desconozco.

Hace mucho tiempo que no voy al médico, he estado un par de veces en una comisaría y no he tenido relación con el ejército. Aunque siempre he sabido que estáis ahí. La gente que, por fortuna, no solemos necesitaros suele ignorar vuestra existencia. A mi me tranquiliza saber que, aunque no os necesite, el día que todo esto acabe seguiréis ahí. Menos visibles que ahora, aunque igual de necesarios. Ojalá no tuviéramos que pasar por esta situación para darnos cuenta de vuestra importancia.

Ojalá no tengamos que pasarlo de nuevo para que sepáis que no os olvidamos.

Dentro de meses, de unos años, volveremos a nuestras prisas, a nuestros agobios cotidianos, a nuestras frustraciones que ahora nos parecen insignificantes. Y siempre podremos mirar atrás y recordar vuestro trabajo durante el tiempo que estuvimos en casa. Y nuestras frustraciones, nuestros agobios, nuestras prisas nos parecerán insignificantes. Entonces nos daremos cuenta de que, con vuestro trabajo, habéis conseguido que algunos cambiemos, demos importancia a lo importante y nos preocupemos por mirar más allá de lo que alcanza nuestra vista. Y vuestro trabajo de hoy, seguirá cambiando la conciencia de las personas mañana. El esfuerzo habrá merecido la pena.

Además de cuidarnos.

